

# Mochilas con peso de plomo

Juan Pedro López, sociólogo Universidad Central  
sede Región de Coquimbo

Lo ocurrido recientemente con una inspectora y un alumno en Calama, no es un hecho aislado, es la señal más dolorosa de que los colegios en Chile están perdiendo su batalla más importante. Ya no hablamos de simple «mala conducta» o rebeldía adolescente; enfrentamos una crisis profunda de autoridad. La violencia de los barrios y las calles está entrando a las salas de clases sin filtro, transformando los liceos en espejos de nuestros peores problemas sociales.

Desde una mirada sociológica, el ingreso de armas revela un quiebre en la confianza hacia las instituciones. Históricamente, la escuela era un «espacio sagrado», un lugar donde los conflictos externos se detenían en la puerta. Pero hoy, ese respeto se ha esfumado. El colegio ya no es percibido como un motor de movilidad social o un refugio. Ante la falta de sentido y futuro, muchos jóvenes buscan seguridad o estatus mediante la fuerza. El arma en la mochila no

es solo metal; es el símbolo de una cultura donde la «ley del más fuerte» le gana al diálogo.

La respuesta inmediata suele ser convertir los colegios en «fortalezas»: detectores de metales, cámaras y revisiones de mochilas. Aunque estas medidas buscan proteger la vida de los docentes, conllevan un riesgo social enorme. Cuando transformamos una escuela en algo parecido a una cárcel, tratamos a los alumnos como sospechosos antes que como estudiantes.



Esta «carceralización» puede aumentar el resentimiento y alejar aún más a los jóvenes del sistema, haciendo que la convivencia sea imposible bajo un clima de sospecha permanente.

El desafío para Chile va más allá de poner llaves en los portones. El trabajo real es reconstruir el tejido social entre la familia, el Estado y la escuela. No podemos pedirles a los profesores que sean guardias de seguridad ni esperar que los directores solucionen los problemas que nacen en hogares fracturados o barrios abandonados.